

## Primera parte: una cultura en mutación

Las corrientes del judaísmo moderno

Bernardo Sorj

SciELO Books / SciELO Livros / SciELO Libros

SORJ, B. Las corrientes del judaísmo moderno. In: *Judaísmo para todos* [online]. Rio de Janeiro: Centro Edelstein de Pesquisas Sociais, 2011, pp. 45-52. ISBN: 978-85-7982-056-4. Available from SciELO Books <<http://books.scielo.org>>.



All the contents of this chapter, except where otherwise noted, is licensed under a Creative Commons Attribution-Non Commercial-ShareAlike 3.0 Unported.

Todo o conteúdo deste capítulo, exceto quando houver ressalva, é publicado sob a licença Creative Commons Atribuição - Uso Não Comercial - Partilha nos Mesmos Termos 3.0 Não adaptada.

Todo el contenido de este capítulo, excepto donde se indique lo contrario, está bajo licencia de la licencia Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 3.0 Unported.

## LAS CORRIENTES DEL JUDAÍSMO MODERNO

Las diversas corrientes del judaísmo moderno reflejan la variedad de realidades nacionales, políticas y socio-culturales de los diferentes países europeos y se expresaron a través de dos grandes vectores, el religioso y el político. En la arena religiosa, el cuestionamiento del judaísmo talmúdico tuvo como epicentro Alemania (que poseía la mayor concentración de judíos en Europa Occidental). Al contrario de Francia, donde la república otorgó la ciudadanía a toda la población, en Alemania, primero en los diversos principados y después en el país unificado bajo la égida de Prusia, se continuó discriminando a los judíos. Además, el flujo constante de judíos de Europa Oriental, pobres y vistos como culturalmente rudimentarios, provocaba en los judíos integrados en la cultura alemana sentimientos de incomodidad y eran vistos como una amenaza a su integración. La voluntad de distanciarse del judaísmo tradicional, de absorber los valores del iluminismo y de ser aceptados por la sociedad alemana llevó a los judíos alemanes, desde temprano, pero también a los de Dinamarca, Inglaterra y Austria, a reformar el judaísmo religioso.

En Europa Oriental y Rusia, el proceso de secularización tomó rumbos diferentes. Al contrario de Europa Central y Occidental, donde los judíos comenzaban a integrarse socialmente, en el Imperio Ruso (que incluía Polonia) no estaba en el orden del día la posibilidad de participar como ciudadanos en sociedades que eran autócratas y excluyentes. La estructura social de las comunidades judías también era diferente. En Europa Oriental, la mayoría de los judíos vivían en la pobreza y el conflicto social irrumpía entre judíos pobres y ricos. En este contexto, en lugar de reforma religiosa o cultural, prevaleció la reforma política y social. La cuestión judía sólo sería resuelta cambiando el conjunto de la sociedad o la situación social de los judíos, por la creación de un estado propio. En lugar de rabinos liderando el cambio, como ocurrió en Alemania, en Europa Oriental fueron intelectuales seculares, críticos de la religión, los que estaban al frente de los nuevos movimientos sociales.

Estos dos movimientos, uno en el sentido del cambio religioso, otro en el sentido de construcción de ideologías seculares con fuerte contenido político, fueron hasta cierto punto dinámicas paralelas, pero, con el

transcurrir del tiempo, pasaron a yuxtaponerse. Esto porque, en el judaísmo, movimientos culturales locales rápidamente se irradian para otras comunidades y se inter-influencian mutuamente. Pero, a pesar de que las nuevas tendencias religiosas y políticas convergen, en el sentido de obligar a los religiosos a posicionarse frente a los movimientos políticos y viceversa, las relaciones entre ambas nunca fueron simples. Inclusive, como veremos, los judíos ultraortodoxos y los judíos reformistas durante varias décadas, por razones diferentes (los primeros para no colocar en cuestión la lealtad nacional, y los segundos porque continuaban apegados a la salvación divina), se opusieron inicialmente al sionismo.

Como indicamos, Alemania fue el principal palco de discusión sobre el *aggiornamento* por el cual el judaísmo debería pasar a integrar los valores modernos en sociedades mayoritariamente cristianas. El cuestionamiento del judaísmo tradicional, como no podría dejar de ser, tuvo como centro la legitimidad de la interpretación talmúdica.

El siglo XIX, un siglo donde irrumpe en Europa la creencia en el progreso humano, donde los cambios constantes indican que el pasado es diferente del presente y que el futuro es abierto, posicionó la historia como principal instrumento de explicación de los fenómenos sociales. Las sociedades pasaron a ser comprendidas como producto de quehacer humano y la historia como disciplina académica fue colocada al servicio de las grandes ideologías modernas: el nacionalismo, el liberalismo y el socialismo.

Surge así una serie de intelectuales que comienzan a contar la “historia del pueblo judío” a partir de relevamientos de fuentes históricas y análisis hermenéutica, y, de esta forma, inventan el judaísmo moderno, que pasa a verse a sí mismo como producto de la historia y de la acción humana y no de la voluntad divina. Se retoma de esta forma, sobre otros fundamentos teóricos, una visión similar al relato bíblico: el judaísmo es producto y se desarrolla en función de acontecimientos históricos.

Los intelectuales judíos pasaron a tratar la Biblia y el Talmud como textos históricos a los cuales se podían aplicar las modernas técnicas lingüísticas. En lugar de un todo coherente, identificaron en el Talmud múltiples escritores, períodos históricos y escuelas de pensamiento diferentes y conflictivas. Son enfatizadas las tensiones en el texto talmúdico entre los seguidores de Ravi Akiva, que habrían producido interpretaciones forzando excesivamente el sentido del texto bíblico y los seguidores de Rav

Ishmail que habrían buscado mantenerse más próximos al sentido original. Pero, sobre todo, de esta lectura surge una interpretación del Talmud como siendo un esfuerzo para legitimar innovaciones producidas en un contexto histórico específico.

En suma, el Talmud, en lugar de ser un texto incuestionable, sería una adaptación creativa de nuevas prácticas al que los rabinos dieron un sentido sagrado relacionándolas al texto bíblico. Lo que inicialmente fue una crítica a la legitimidad de las interpretaciones talmúdicas terminó llevando a una nueva visión del lugar de los talmudistas en el judaísmo. Los rabinos que produjeron el Talmud podían ser vistos como intelectuales altamente creativos en su época, pero que canonizaron tradiciones datadas históricamente. Mantener el ejemplo de los rabinos talmúdicos implicaría una nueva interpretación de la Biblia, adecuada a los tiempos actuales.

El primer gran movimiento en esta dirección fue el Reformista (llamado Liberal en Inglaterra). Este movimiento procuró transformar el judaísmo en una religión de la cual se intentó eliminar los contenidos nacionales y buena parte de las reglas construidas en torno del principio de lo puro/impuro, oraciones diarias y bendiciones constantes y descanso sabático. La esencia del judaísmo estaría en los valores éticos expresados en la Biblia y su papel debería ser el de contribuir a la mejora de la humanidad.

Junto con las transformaciones discursivas también fueron transformadas las prácticas religiosas. Seguir los mandamientos tradicionales asociados a las reglas de lo puro/impuro dejó de ser obligatorio. Hombres y mujeres pasaron a sentarse y rezar juntos en la sinagoga, que pasaron a usar órganos (inspiradas en templos protestantes) y las oraciones dejaron de ser hechas en hebreo para usar la lengua local. El esfuerzo por integrarse al discurso liberal y a la ciudadanía nacional llevó a los reformistas a disociarse de los componentes místico-nacionales del judaísmo, dando a la llegada del Mesías un sentido ético-universal.

En el transcurso del tiempo, el judaísmo reformista fue cambiando. En la segunda mitad del siglo XX, asumió más las dimensiones étnicas, apoyó al sionismo y pasó a valorar el uso de la lengua hebrea. A su vez, integró nuevas tendencias culturales, formando mujeres rabinas y aceptando el homosexualismo. El judaísmo reformista es hoy la principal corriente religiosa en Estados Unidos y presenta una enorme variedad de versiones.

Cada rabino y sinagoga tienen sus propias peculiaridades, de acuerdo con las características de la comunidad local.

La segunda línea de renovación religiosa fue el judaísmo Conservador (el nombre no tiene nada que ver con una ideología política, sino con el deseo de conservar las tradiciones y distinguirse de los reformistas), cuyas bases intelectuales fueron desarrolladas en Alemania, pero, como movimiento religioso, es fundamentalmente un fenómeno estadounidense. Buscó combinar el tradicionalismo de los inmigrantes judíos de Europa Oriental con los valores modernos. Cree en el carácter divino de la Torah, mantiene el uso del hebreo en las oraciones, pero reconoce la naturaleza histórica de las innovaciones talmúdicas, aunque el Talmud continúe siendo una referencia central. Practica los mandamientos sobre *kashrut* y descanso en el día sábado, pero con grados de tolerancia bastante amplios. En ciertas áreas ha introducido cambios profundos, en particular en la aceptación de la igualdad de la participación de la mujer en los rituales religiosos, inclusive consagrándolas como rabinas y en la búsqueda de integrar valores de justicia social universal. El movimiento conservador siempre apoyó al sionismo.

Por largo tiempo, el conservadorismo fue la principal corriente religiosa en Estados Unidos, pues funcionó como un puente adaptativo entre la religiosidad tradicional de los inmigrantes de Europa Oriental y el Nuevo Mundo. Pero, en las últimas décadas, fue perdiendo espacio para el judaísmo reformista y para otras tendencias renovadoras. Hoy, vive dilacerado entre un liderazgo más conservador que busca limitar los cambios y el apego a la tradición talmúdica por un lado y a la presión de las bases por una mayor apertura por otro. Algunas innovaciones, como el Eco-Kosher, inicialmente introducida por el Rabino Arthur Waskow, del movimiento *Renewal*, que busca asociar la comida *Kasher* con las condiciones sociales y ecológicas de la producción, han generado conflictos con los judíos ortodoxos.

A estas corrientes se debe agregar el judaísmo Reconstructorista, inspirado por el rabino Mordechai Kaplan, una de las grandes figuras del judaísmo del siglo XX, y que oscila entre la corriente conservadora y la reformista. En las últimas décadas, parte de la creatividad del judaísmo religioso migró de los grandes centros institucionales a movimientos relativamente marginales, como el liderado por el rabino Zalman M.

Schachter-Shalomi, del movimiento *Renewal*, la revista *Tikun*, y centenas de sinagogas donde se experimentan nuevas formas de religiosidad judaica.

La fragmentación del judaísmo religioso se dio también en el interior del campo de la ortodoxia, que se separó de la llamada ultraortodoxia o *Jaredim* (temerosos de Dios). Desde el siglo XIX, en Alemania, una parte de los judíos ortodoxos concluyó que debía realizar un esfuerzo de adaptación a la vida moderna, integrando en la enseñanza las disciplinas científicas, participando de la vida universitaria y aceptando algunos valores y estilos de vida modernos. Una parte de ellos apoyó y pasó a participar activamente del movimiento sionista. Hoy el judaísmo ortodoxo constituye un universo internamente fragmentado, donde conviven tradiciones diferentes (por ejemplo, la originada en occidente y la oriunda del mundo musulmán) y en Israel se encuentra políticamente dividido, desde críticos de la ocupación que defienden los derechos humanos y, la gran mayoría, que se posiciona en la derecha nacionalista.

Diversidad similar puede ser encontrada en el mundo ultraortodoxo, que se recusa a integrar los valores de la modernidad. Pero, aún así, en el siglo XX, las mujeres pasaron a tener acceso a la educación formal, aunque no a los centros de estudios avanzados de la Torah (aunque continúen teniendo un status disminuido, no pudiendo ser testigos en procesos, ni cumplir una parte de los mandamientos, siendo todavía consideradas las únicas responsables por la infertilidad de la pareja).

El campo ultraortodoxo es enormemente variado. En Israel, los *mizrajim* (judíos provenientes del mundo árabe), se alejaron de la hegemonía de las *yeshivot* – centros de estudio y formación rabínica –, de origen ashkenazi y montaron sus propios centros. Existen grupos jasídicos y opositores a ellos. Las varias sectas jasídicas mal se hablan entre sí. En general, los grupos ultraortodoxos se mantienen distantes del sionismo y existen los que no reconocen la existencia del Estado de Israel y lo consideran una aberración que aleja la venida del Mesías y otros que participan de la vida política del país y procuran avanzar en sus intereses e imponer su visión religiosa al Estado.

En el interior de la ultraortodoxia, ocupa un lugar particular la corriente jasídica Luvabitch, que mencionamos anteriormente. A partir del liderazgo del último rabino, radicado en Nueva York, Menajem Mendel Schneerson, los Luvabitch pasaron a tener una actividad misionera, también

nueva en la tradición judaica, procurando atraer a los judíos a la práctica religiosa, como forma de acelerar la llegada del Mesías (que para muchos miembros del movimiento era el propio Rebe Schneerson). Los Luvabitch envían sus misioneros a todos los rincones del mundo donde viven judíos, debiendo quedarse en esos lugares en forma permanente o hasta la llegada del Mesías. El proselitismo Luvabitch es extremadamente creativo, pues junta la ultraortodoxia con una gran apertura en relación a judíos distantes de la religión (pues, como mencionamos, ellos creen que todo judío carga una chispa divina), usando medios electrónicos y la celebración del judaísmo en lugares públicos. La enorme capacidad de movilizar recursos y redes sociales para apoyo de judíos necesitados y la disposición misionera tiene como contracara su tendencia anti-pluralista, en particular en países con comunidades judías menores. Aunque no asuman una posición directa en relación al sionismo, se oponen a cualquier concesión territorial alineándose de hecho con la derecha nacionalista.

En su conjunto, los grupos religiosos ortodoxos y ultraortodoxos constituyen una minoría dentro del judaísmo, 10% en Estados Unidos y 20% en Israel, donde han crecido en particular por las altas tasas de fertilidad.

Los judíos seculares, entendidos como una amplia corriente que se identifica con el judaísmo como una cultura y/o historia común, sin referencia a la creencia en textos sagrados, es la corriente mayoritaria en el judaísmo. Los intelectuales y movimientos sociales seculares procuraron una respuesta a la integración del judío o judaísmo en la sociedad moderna fuera de la religión. Algunos, inclusive, fuera del propio judaísmo, en el movimiento comunista, que prometía la redención de la humanidad. Las otras dos grandes tendencias, el Bund y el sionismo, elaboraron versiones nacionalistas.

El Bund congregó a los trabajadores judíos de Europa Oriental y, gracias a las tradiciones judías de solidaridad y fuerte cohesión social, se transformó, a comienzos del siglo XX, en el principal partido social-demócrata del imperio zarista (Polonia, Lituania y Rusia). El Bund consideraba que la lengua y la cultura Idish (una lengua derivada del germánico, con gran número de expresiones de otros países de Europa oriental y del hebreo, usando en la escritura las letras hebraicas) sustentaban una identidad nacional judía y exigían la autonomía cultural al interior de los países en que vivían. Debemos recordar que en Europa oriental el Idish era la lengua franca de la casi totalidad de los judíos y en torno de él gravitaban

centenas de teatros y periódicos, producción de películas, una vasta producción literaria y casas editoriales que tradujeron un impresionante número de obras científicas y literarias. Después de la Revolución Rusa, que implantó la dictadura del partido comunista y proscribió todos los partidos políticos, una parte de los miembros del Bund adhirió al comunismo.

El Holocausto destruyó la base social del Bund en Polonia, donde continuó siendo una fuerza social importante hasta la Segunda Guerra Mundial. Muchos inmigrantes bundistas recrearon el movimiento en el Nuevo Mundo, donde, en la primera mitad del siglo XX, en particular en América Latina, en Estados Unidos, Canadá, Australia y Europa Occidental, mantuvo centros culturales, escuelas y un fuerte activismo en la política local. El ocaso del uso del Idish en el Nuevo Mundo, la ascensión social de los judíos, el antisemitismo de la última fase de Stalin, el surgimiento del Estado de Israel y la política pro-árabe de la Unión Soviética lo debilitaron enormemente. Pero, en varios lugares, muchas de sus escuelas y centros culturales se fueron adaptando a los nuevos tiempos y son actores importantes en la promoción del judaísmo secular.

El sionismo, la otra gran corriente del judaísmo secular, se inspiró en el nacionalismo europeo del siglo XIX como solución al problema del antisemitismo, que, para los sionistas, era immanente a la vida en la diáspora. Mayoritariamente secular, rechazó la espera de los tiempos mesiánicos y puso en el centro de su visión del mundo al judaísmo como fenómeno histórico y la política como medio para transformar el destino del pueblo. Su objetivo fundamental era “normalizar” el pueblo judío, transformándolo en una nación igual a las otras, por la construcción de un estado en la tierra de Israel. Se organizó en torno a partidos políticos que incluían grupos marxistas-leninistas, laboristas (el grupo hegemónico), liberales y de derecha nacionalista. Las consecuencias históricas del movimiento sionista serán discutidas en un próximo capítulo.

¿Cuáles son las características comunes del judaísmo secular? El judaísmo secular puede ser caracterizado, de forma sintética, por los siguientes elementos:

1. Separó la identidad judaica de la religión. Esta separación, sin embargo, como veremos, nunca fue completa, manteniendo una ambigüedad en relación a las tradiciones de origen religioso.

2. Procuró legitimar el judaísmo por los valores modernos, mostrando que el mismo es capaz de convivir y expresarse en términos “universales”.
3. Estuvo encuadrado por los grandes movimientos ideológicos de su época – liberalismo, socialismo y nacionalismo –, que creían que podrían ser construidas sociedades sustentadas en proyectos orientados por la racionalidad. Esto creó un estilo doctrinario, discursivo, lógico, celoso de una coherencia fundada en la capacidad de sintetizar judaísmo con modernidad, que reprimió o por lo menos ocultó, las dificultades de integrar las dimensiones no racionales, ritualísticas, trascendentales, asociadas a la identidad y cultura judía heredada de la época talmúdica.
4. A nivel personal, fue vivido como una crisis de identidad, dividido entre tradición y modernidad, entre lealtad a los lazos primarios y al conjunto de la sociedad nacional y a la humanidad, entre lo privado y lo público, entre sentimiento y razón.